

La filiación: el enfoque central de la economía de Dios

Lectura bíblica: Gá. 3:26-28; 4:4-7, 19

Día 1

I. La economía eterna de Dios consiste en que Él mismo se imparta en Sus escogidos para hacer de ellos Sus hijos y obtener así una expresión corporativa; la filiación es el enfoque central de la economía de Dios (Gá. 4:4-7):

A. Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos, predestinándonos para filiación (Ef. 1:4-5):

1. Dios nos escogió para que fuésemos santos con el propósito de que llegásemos a ser hijos de Dios y así participásemos en la filiación divina.
2. El ser hechos santos —ser santificados por Dios al infundirse Él en nosotros y al mezclar Su naturaleza con nosotros— es el proceso, el procedimiento, mientras que ser hijos de Dios es el objetivo, la meta, y tiene que ver con que seamos unidos al Hijo de Dios y conformados a la imagen misma del Hijo primogénito de Dios (Ro. 8:29; Col. 1:15).

Día 2
y
Día 3

B. La santificación tiene como objetivo la filiación; el que Dios nos santifique equivale a que introduzca todo nuestro ser en la filiación, a fin de hacernos hijos de Dios en plenitud (He. 2:10-11; 1 Ts. 5:23):

1. El aspecto regenerador de la santificación se lleva a cabo en nuestro espíritu y produce muchos hijos de Dios para formar un organismo que expresa a Dios corporativamente; este organismo es el Cuerpo orgánico de Cristo, la iglesia (Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4; Gá. 3:26).
2. El aspecto transformador de la santificación se lleva a cabo en nuestra alma y transforma a los creyentes regenerados al renovarlos y conformarlos a la gloriosa imagen de Cristo, para que ellos lleguen a ser una valiosa heredad, un tesoro

para Dios, que es Su posesión personal (Ro. 12:2; 2 Co. 3:18; Ro. 8:29; Ef. 1:11, 14, 18).

3. El aspecto consumidor de la santificación se lleva a cabo en nuestro cuerpo y transfigura el cuerpo vil de los creyentes al redimirlo e introducirlo en la gloria de Dios, para que ellos lleguen a ser plena y totalmente santificados en espíritu, alma y cuerpo, a fin de constituir una entidad corporativa y consumada compuesta de los muchos hijos de Dios, los cuales han madurado en el Dios Triuno procesado, quien es su vida, a fin de que ellos sean la expresión de Dios, la Nueva Jerusalén, por la eternidad (Fil. 3:21; Ro. 8:23; Ap. 21:2, 7).

C. Somos hijos de Dios porque creímos y fuimos bautizados en Cristo, o sea, fuimos revestidos de Él, y, como resultado, todos somos uno en Cristo; esto es lo que significa entrar en Cristo, expresarle al vivirle a Él y practicar la vida de iglesia como el nuevo hombre, en la realidad de la filiación divina (Gá. 3:26-28).

Día 4

II. La redención jurídica que Cristo realizó nos traslada de la custodia de la ley a la filiación de Dios, a fin de que disfrutemos de Su salvación orgánica, esto es, del proceso mediante el cual somos hechos hijos divinos; la meta de la obra redentora de Cristo es la filiación (4:4-6; Ro. 5:10):

A. Dios “envió a Su Hijo” para que nos redimiera jurídicamente, y envió el “Espíritu de Su Hijo” para que nos salvara orgánicamente (Gá. 4:4, 6; 3:13-14):

1. Dios envió a Su Hijo, quien nació bajo la ley, a fin de redimir a los escogidos de Dios de la custodia de la ley, para que recibieran la filiación y llegaran a ser hijos de Dios (vs. 23-24; 4:4-5).
2. Dios envió el Espíritu de Su Hijo, el Espíritu de vida (Ro. 8:2), para impartirnos Su vida junto con Su naturaleza, a fin de que llegásemos a ser hijos Suyos en realidad (Gá. 4:6; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4).
3. El Espíritu del Hijo es otra forma del Hijo;

Día 5

al morir en la cruz, Él era Cristo, pero al entrar en nosotros, Él es el Espíritu (Jn. 1:14; 1 Co. 15:45).

- B. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba Padre!” (Gá. 4:6):
1. *Abba* es una palabra aramea, y Padre es la traducción de la palabra griega *Patér*; la combinación del título arameo con el título griego expresa un afecto muy intenso cada vez que clamamos al Padre, lo cual implica una íntima relación en la esfera de vida entre un hijo verdadero y el padre que lo engendró (Mr. 14:36; He. 5:7; Lm. 3:55-56; cfr. Lc. 15:1, 20-24).
 2. El Espíritu del Hijo de Dios fue enviado a nuestros corazones; de hecho, fue en nuestro espíritu donde entró el Espíritu de Dios en el momento de nuestra regeneración (Jn. 3:6; Ro. 8:16), ya que nuestro espíritu está escondido en nuestro corazón (1 P. 3:4).
 3. Por una parte, nosotros, quienes hemos recibido un espíritu filial, clamamos en este espíritu: “¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15); por otra, el Espíritu del Hijo de Dios clama en nuestro corazón: “¡Abba, Padre!” (Gá. 4:6).
 4. Esto indica que nuestro espíritu regenerado y el Espíritu de Dios están mezclados como una sola entidad (1 Co. 6:17), y que nuestro espíritu está en nuestro corazón.
 5. También indica que la filiación divina viene a ser real para nosotros por medio de lo que experimentamos subjetivamente en lo profundo de nuestro ser (cfr. Mt. 5:3, 8).
 6. Cuanto más clamamos: “¡Abba, Padre!”, en el espíritu, más crece en nuestro corazón el dulce e íntimo afecto que sentimos por el Padre.
 7. Cuando clamamos: “¡Abba, Padre!”, el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y de que, como tales, poseemos Su vida; tal testimonio también nos limita y nos restringe a vivir y andar según la

vida de Dios, en conformidad con el hecho de que somos hijos de Dios (Ro. 8:15-16).

Día 6

- C. Puesto que somos hijos de Dios, somos también herederos que cumplen los requisitos para heredar los bienes del Padre, todas las riquezas que Él es para nosotros, por la eternidad (4:13-14; 8:17; Gá. 3:29; Tit. 3:7).
- III. La predicación de Pablo tenía como fin producir en los creyentes a Cristo, el Hijo del Dios viviente; Pablo sufría dolores de parto para que Cristo fuese formado en ellos y ellos llegasen a la plena filiación (Gá. 4:19; cfr. 1:15-16; 2:20):**
- A. Si Cristo ha de ser formado en nosotros, debemos permitir que el Espíritu todo-inclusivo —quien es la bendición misma del evangelio—, se establezca en cada parte de nuestro ser interior, hasta que Cristo haya crecido plenamente en nosotros (3:14; Col. 2:19; Ef. 4:15-16).
 - B. Es necesario que Cristo sea formado en nosotros para que podamos llegar a ser hijos mayores de edad y herederos de la bendición prometida por Dios, y para que maduremos en la filiación divina (He. 6:1a).
 - C. Cristo es formado en nosotros con miras a que se edifique el Cuerpo de Cristo, lo cual culminará en la Nueva Jerusalén, la totalidad de la filiación divina, a fin de que se produzca la expresión corporativa del Dios Triuno (2:10; Ap. 21:7, 10-11).

Alimento matutino

Ro. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que El sea el Primogénito entre muchos hermanos.

Ef. Según nos escogió en El antes de la fundación del 1:4-5 mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de El en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad.

La filiación es el enfoque central de la economía de Dios, de la dispensación de Dios. La economía de Dios consiste en que Dios mismo se imparta en Sus escogidos para hacerlos Sus hijos. La obra redentora de Cristo tiene como objetivo introducirnos en la filiación de Dios a fin de que disfrutemos la vida divina. La economía de Dios no consiste en hacernos personas que guardan la ley, que obedecen los mandamientos y las ordenanzas de la ley, la cual fue dada sólo temporalmente. Más bien la economía de Dios consiste en hacernos Sus hijos, quienes heredan la bendición de su promesa, la cual fue dada para Su propósito eterno. Su propósito eterno es tener muchos hijos que han de expresarlo corporativamente (He. 2:10; Ro. 8:29). Por consiguiente, Él nos predestinó para filiación (Ef. 1:5) y nos regeneró para que fuésemos Sus hijos (Jn. 1:12-13). Con miras a la expresión eterna de Dios, debemos permanecer en el proceso que nos conduce a la plena filiación para llegar a ser Sus herederos y así heredar todo lo que Él ha planeado, y no debemos apreciar la ley, lo cual nos desvía al judaísmo.

Es difícil dar una definición adecuada del proceso de filiación. La filiación tiene que ver con la vida, la madurez, la posición y el privilegio. Para ser hijos del Padre, necesitamos tener la vida del Padre. Sin embargo, debemos seguir adelante y madurar en esta vida. La vida y la madurez nos dan el derecho, el privilegio, la posición para heredar lo que es del Padre. Según el Nuevo Testamento, la filiación incluye la vida, la madurez, la posición y el derecho. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 199-200)

Lectura para hoy

El primer aspecto de las bendiciones espirituales es la elección del Padre. Tal vez pensemos que la elección de Dios es una cosa y que Su

predestinación es otra, pero esto no es correcto. Necesitamos examinar la gramática de Efesios 1:4-5 ... Estos versículos no dicen que Él nos escogió y que luego nos predestinó; más bien, dicen que Dios nos escogió, predestinándonos. La palabra “predestinándonos” del versículo 5 modifica el predicado verbal “escogió” del versículo 4; así que estas dos expresiones no son dos cosas distintas, sino una sola. Dios nos escogió ... predestinándonos ... El hecho de que Dios escogiera a Su pueblo para que fuera santo tenía como fin que ellos fueran hechos hijos de Dios que participan en la filiación divina.

Si una persona quiere tener hijos, primero tiene que engendrarlos impartiendo su vida. Esta impartición es una especie de dispensación, o distribución ... El hecho de que Dios tuviera hijos significa que Él tuvo que impartir Su vida. Esto se revela plenamente en Juan 1. Cristo vino para que lo recibiéramos. A todo aquel que lo recibiera, Él le daría el derecho, la autoridad, de ser hijo de Dios. El derecho, la autoridad, de ser hecho hijo de Dios es la misma vida divina que fue impartida en nosotros ... Somos hijos de Dios porque Su vida ha sido impartida en nosotros.

El proceso de santificación implica el hecho de apartar al pueblo de Dios para Dios mismo a fin de que Él pueda obrar, tanto en las circunstancias de ellos como en su interior, para hacerlos Sus hijos ... El versículo 4 de Efesios 1 dice que Dios nos escogió para que fuéramos santos. Luego el versículo 5 dice que Él hizo esto predestinándonos para filiación. Así que, la santificación tiene como fin la filiación. Primero, el Espíritu viene para santificar a los escogidos de Dios. Entonces, estos están listos para ser engendrados por Dios para filiación.

Tanto para ser santos como para ser hijos se requiere la impartición de Dios ... Sólo Dios es santo. Para ser santos necesitamos que un elemento santo se nos imparta. Cuando el Espíritu Santo entra en nosotros, introduce en nosotros la naturaleza santa de Dios, y esa naturaleza santa llega a ser el elemento santo con el cual el Espíritu Santo nos santifica ... Somos hechos santos para ser hijos. (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo*, págs. 12-14)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensajes 22, 44-45; *El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo*, cap. 1; *La revelación básica contenida en las santas Escrituras*, cap. 11

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

He. Porque convenía a Aquel para quien y por quien son 2:10-11 todas las cosas, que al llevar muchos hijos a la gloria perfeccionase por los sufrimientos al Autor de la salvación de ellos. Porque todos, así el que santifica como los que son santificados, de uno son; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos.

1 Ts. Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y 5:23 vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos e irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué es la santificación? La santificación es el proceso mediante el cual Dios nos hace Sus hijos maduros. Cuando somos santificados, todo nuestro ser ha sido conformado al Hijo de Dios. Esto se basa en Efesios 1:4-5 y aún más en Hebreos 2:10-11 ... El versículo 10 habla de llevar muchos hijos a la gloria, y el versículo 11 habla del Santificador y de los que son santificados. Esto demuestra que la filiación depende en gran medida de la santificación. Dios lleva muchos hijos a la gloria mediante la santificación que Cristo efectúa en nuestro temperamento a partir de nuestra regeneración y durante el curso de nuestra vida cristiana. La santificación todavía está siendo llevada a cabo porque aún no hemos entrado totalmente en la gloria. La plenitud de entrar en la gloria equivaldrá a la plenitud de la santificación efectuada por Dios.

La santificación es el proceso divino mediante el cual nosotros somos hechos hijos maduros. En el plano humano, somos hijos de nuestros padres, pero, en el plano divino, hemos sido hechos hijos de Dios mediante la regeneración. Nosotros jamás tendremos parte en la Deidad de Dios, pero sí tenemos la vida y la naturaleza de Dios de modo que podamos ser la expresión de Dios ... La regeneración nos hizo hijos de Dios, pero eso fue sólo el principio, el inicio. Después de ser regenerados debemos seguir creciendo hasta llegar a la madurez. Habremos madurado cuando nuestra alma haya entrado plenamente en la filiación. Con el tiempo, nuestro cuerpo, en el que todavía impera la debilidad, la enfermedad, la concupiscencia y la pecaminosidad, será plenamente transfigurado, glorificado. (*El Espíritu con nuestro espíritu*, págs. 104-105, 116-117)

Lectura para hoy

La impartición triuna del Dios Triuno es la primera sección de la

revelación divina que se nos presenta en el libro de Efesios. Los tres aspectos de la impartición triuna del Dios Triuno son las tres etapas de la santificación que el Espíritu Santo efectúa en los creyentes. La primera etapa es la santificación que nos regenera en nuestro espíritu a fin de producir muchos hijos para Dios y formar un organismo que ha de ser la expresión corporativa de Dios, la cual es el Cuerpo orgánico de Cristo, la iglesia. La segunda etapa es la santificación que nos transforma en nuestra alma. En esta etapa el Espíritu transforma a los creyentes regenerados al renovarlos y conformarlos a la imagen gloriosa de Cristo hasta convertirlos en una valiosa herencia, en un tesoro para Dios, como Su posesión personal. Esto pondrá en orden el universo caótico al hacer que en Cristo sean reunidas bajo una cabeza todas las cosas. La tercera sección es la santificación que trae la consumación y que toma lugar en nuestro cuerpo. Esta etapa tiene como fin transfigurar el cuerpo vil de los creyentes al redimirlo e introducirlo en la gloria de Dios, de modo que los creyentes sean plena y completamente santificados en su espíritu, alma y cuerpo, y lleguen a ser una corporación consumada de los muchos hijos de Dios, los cuales han madurado al tomar al Dios Triuno procesado como vida, a fin de expresar a Dios como la Nueva Jerusalén por la eternidad.

Por consiguiente, el cumplimiento de la economía eterna de Dios es en realidad la santificación del Espíritu. Así que, la economía eterna de Dios depende absolutamente de la santificación del Espíritu. Por lo tanto, la santificación del Espíritu está íntimamente relacionada con el Cuerpo de Cristo, el cual es el producto de la obra santificadora del Espíritu. Es por esta razón que Efesios 4:4 habla de “un Cuerpo y un Espíritu”, y también es por esta razón que la vida santificada que llevamos nosotros los santos es en realidad la operación de llenarnos, la cual es llevada a cabo en nuestro espíritu por el Espíritu que nos santifica (Ef 5:18). Nuestro nuevo hombre es creado según Dios en Su santidad, mediante la renovación que toma lugar en el espíritu de nuestra mente. (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo*, pág. 52)

Lectura adicional: El Espíritu con nuestro espíritu, caps. 11-12; *El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo*, caps. 1-3

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Ro. No os amoldéis a este siglo, sino transformaos por 12:2 medio de la renovación de vuestra mente...

2 Co. Mas, nosotros todos, a cara descubierta mirando y 3:18 reflejando como un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Señor Espíritu.

Fil. El cual transfigurará el cuerpo de la humillación 3:21 nuestra, para que sea conformado al cuerpo de la gloria Suya...

Nacimos del Espíritu (Jn. 3:5) y Dios como el Espíritu entró en nuestro espíritu (Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22). Ahora somos hijos de Dios. El Espíritu que nos buscaba nos despertó y nos encaminó al Padre. Luego, nos arrepentimos y creímos en el Señor Jesús. Así recibimos a Cristo, y el Espíritu nos santificó más, haciendo de nosotros hijos de Dios. Esta es la segunda etapa de la santificación divina, la santificación que nos regenera.

El Padre nos “revistió” de la sangre redentora de Cristo, así como el padre amoroso puso la mejor vestidura sobre el hijo pródigo cuando éste regresó (Lc. 15:22; He. 13:12). El Espíritu que santifica entró también en nuestro espíritu junto con la vida de Dios para hacernos hijos de Dios. Ahora tenemos la sangre de Cristo exteriormente y la vida de Dios interiormente. Todos nuestros delitos fueron perdonados gracias a la sangre, a la obra redentora de Cristo, y nuestro espíritu fue regenerado. El aspecto regenerador de la santificación del Espíritu tomó lugar en nuestro espíritu (Jn. 3:6). (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo*, pág. 26)

Lectura para hoy

Después de la regeneración, la siguiente etapa de la santificación que realiza el Espíritu es la santificación que nos transforma. Esto sucede en nuestra alma. Nuestros problemas jamás provienen del espíritu regenerado; más bien, provienen siempre de dos fuentes: nuestra alma (que incluye nuestra mente, parte emotiva y voluntad) y nuestro cuerpo. Si nuestra mente, parte emotiva y voluntad no han sido transformadas, nos causarán muchos problemas. Después de que el Espíritu que nos santifica efectúa la regeneración en nuestro espíritu, Él continúa santificándonos al transformarnos en nuestra alma. Fuimos regenerados, santificados para Dios, en nuestro

espíritu, pero necesitamos que el Espíritu santificador prosiga a santificar nuestra alma. Esta es la santificación que nos transforma.

Esta transformación implica la renovación y la conformación a la imagen de Cristo. A medida que el Espíritu que santifica obra para santificarnos, vamos siendo transformados. En 2 Corintios 3:18 se nos enseña claramente que es el Señor Espíritu el que nos transforma. Esto demuestra claramente que la transformación es la obra que el Espíritu lleva a cabo para continuar santificándonos. Romanos 12:2 enseña que somos transformados por medio de la renovación de nuestra mente. La transformación del Espíritu que transforma renueva primeramente nuestra mente problemática. Si queremos ser transformados, necesitamos que nos sea añadido un nuevo elemento, de manera que nuestro viejo elemento sea desechado y reemplazado por el nuevo elemento. Esta clase de metabolismo produce un cambio metabólico en nosotros. Por lo tanto, llegamos a ser personas diferentes en nuestra manera de pensar, en nuestros sentimientos y en nuestras intenciones. La Biblia enseña que somos transformados a partir del viejo hombre y que llegamos a ser el nuevo hombre. Este es un paso adicional que da el Espíritu que nos santifica: la santificación que nos transforma. De manera que ahora tenemos la santificación que nos busca, la santificación que nos regenera y la santificación que nos transforma, la cual incluye la renovación y la conformación a la imagen de Cristo.

Nuestra transformación total un día tendrá su consumación en nuestra glorificación. Esta obra será realizada en nuestro cuerpo por el Espíritu que nos santifica, con el fin de glorificarnos. Aparte de nuestra alma, hay otra cosa que nos causa molestias, a saber: nuestro cuerpo frágil y vil. La concupiscencia, la debilidad, la enfermedad y la muerte están presentes en nuestro cuerpo que se ha corrompido. Nuestro cuerpo es realmente vil, pero un día nosotros seremos glorificados y transfigurados en nuestro cuerpo (Fil. 3:21). Nuestro espíritu fue regenerado, nuestra alma está siendo transformada y nuestro cuerpo será transfigurado, transformado en un cuerpo glorioso en el que ya no tendrán cabida las concupiscencias, la debilidad, la enfermedad ni la muerte. Esta es la santificación que nos glorifica. (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo*, págs. 26-27)

Lectura adicional: El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo, caps. 1-3

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Gá. Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a 4:4-6 Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la filiación. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!

Ro. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con 5:10 Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos en Su vida.

En Gálatas 4:4-6 vemos que el Dios Triuno produce muchos hijos para el cumplimiento de Su propósito eterno. Dios el Padre envió a Dios el Hijo para redimirnos de la ley a fin de que recibiésemos la filiación. También envió a Dios el Espíritu a impartir Su vida en nosotros a fin de que llegásemos a ser Sus hijos en realidad.

Básicamente, la filiación es un asunto de vida. La posición y el derecho dependen de la vida. A fin de que disfrutemos la filiación de Dios, necesitamos al Espíritu. Sin el Espíritu, no podemos nacer de Dios para así recibir la vida divina. Una vez que hemos nacido del Espíritu, necesitamos al Espíritu para crecer en vida. Sin el Espíritu no podemos tener la posición, el derecho ni el privilegio que corresponden a la filiación. Todos los asuntos cruciales que tienen que ver con la filiación dependen del Espíritu. Gracias al Espíritu experimentamos el nacimiento divino y la vida divina. Mediante el Espíritu crecemos hasta alcanzar la madurez. Por el Espíritu tenemos la posición, el derecho y el privilegio de la filiación. Por consiguiente, sin el Espíritu la filiación es un término vano y vacío. Sin embargo, cuando viene el Espíritu, la filiación se hace real, y nosotros podemos disfrutar plenamente la filiación de Dios en lo tocante a la vida, la madurez, la posición y el derecho. Nada puede reemplazar al Espíritu de filiación. Por el contrario, todas las cosas, en particular la ley, deben ser reemplazadas por el Espíritu de filiación. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 200-201)

Lectura para hoy

El concepto de Pablo es que la ley es un custodio, un guardián. Aunque la ley podría mantenernos bajo vigilancia, no podía darnos la vida, la madurez, la posición ni el derecho de la filiación. La ley ... sólo puede servir de ayo. En contraste, el Espíritu nos da la vida, la

madurez, la posición y el derecho. Por lo tanto, la ley no debería reemplazar al Espíritu; el Espíritu debe reemplazar la ley.

En los versículos 4 y 6 se menciona el verbo enviar dos veces. En el versículo 4 Pablo dice que Dios envió a Su Hijo, y en el versículo 6 dice que Dios envió el Espíritu de Su Hijo. Según la promesa mencionada en Génesis 3:15, Cristo vino bajo la ley como la simiente de la mujer para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiesen la filiación. Cristo no nos redimió con el propósito de llevarnos al cielo, como muchos cristianos creen, sino para que Dios tenga muchos hijos. Mediante Su obra redentora, Cristo abrió el camino para que nosotros pudiéramos ser hechos hijos Suyos. Sin embargo, si el Espíritu no hubiera venido, nuestra filiación sería vana. Sería una filiación externa o legal, pero no sería una filiación llena de realidad. La realidad de la filiación, la cual depende de la vida y la madurez, viene solamente por el Espíritu. Por consiguiente, el versículo 6 declara que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo.

No debemos creer que el Espíritu del Hijo es una persona distinta y aparte del Hijo. En realidad, el Espíritu del Hijo es el Hijo mismo en otra forma. Ya hemos señalado que Aquel que fue crucificado en la cruz es Cristo, pero que Aquel que entra en los creyentes es el Espíritu. En la crucifixión, Él murió como el Cristo para efectuar nuestra redención, pero ahora Él vive en nuestro interior como el Espíritu para ser nuestra vida. Cuando el Hijo murió en la cruz, Él era Cristo, pero entra en nosotros como Espíritu. Primero Él vino como el Hijo, bajo la ley, con el fin de hacernos aptos para recibir la filiación y de abrir un camino para poder compartir la filiación con nosotros. Pero después de que hubo terminado esta obra, Él llegó a ser, en resurrección, el Espíritu vivificante y vino a nosotros como el Espíritu del Hijo. Por lo tanto, primero Dios el Padre envió al Hijo para efectuar la redención y hacernos aptos para recibir la filiación. Después Él nos envió el Espíritu para vitalizar la filiación y hacer que ésta fuera real en nuestra experiencia. Hoy día en realidad la filiación depende del Espíritu del Hijo de Dios. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 201, 202-203)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensaje 22; *Elder's Training, Book 6: The Crucial Points of Truth in Paul's Epistles*, cap. 5

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Gá. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros 4:6-7 corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por medio de Dios.

Ro. ...Habéis recibido espíritu filial, con el cual 8:15-16 clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

En Gálatas 4:6 Pablo dice que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo. En realidad, el Espíritu de Dios entró en nuestro espíritu en el momento de nuestra regeneración (Jn. 3:6; Ro. 8:16). Debido a que nuestro espíritu está escondido en nuestro corazón (1 P. 3:4), y debido a que esta palabra se refiere a un asunto que está relacionado con nuestro sentir y entendimiento, los cuales pertenecen a nuestro corazón, se dice aquí que el Espíritu del Hijo de Dios fue enviado a nuestro corazón.

Romanos 8:15 dice que los que hemos recibido un espíritu de filiación clamamos con este espíritu: “¡Abba, Padre!”, mientras que Gálatas 4:6 dice que el Espíritu del Hijo de Dios clama en nuestro corazón: “¡Abba, Padre!”. Esto indica que nuestro espíritu regenerado y el Espíritu de Dios se han mezclado como una sola entidad, y que nuestro espíritu está en nuestro corazón. Esto también indica que por nuestra parte podemos aprehender la filiación de Dios mediante esta experiencia subjetiva que tenemos en lo profundo de nuestro ser. En este versículo, Pablo, al presentar su revelación, apela a esta experiencia de los creyentes gálatas. Al hacer esto, él fue muy convincente y persuasivo, no meramente por las doctrinas objetivas, sino por los hechos basados en experiencias concretas. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 203-204)

Lectura para hoy

Abba es una palabra aramea y por consiguiente, hebrea, y *Padre* es la traducción de la palabra griega *patér*. Este término compuesto

fue usado por primera vez por el Señor Jesús en Getsemaní mientras oraba al Padre (Mr. 14:36). La combinación del título hebreo con el griego expresa un afecto muy intenso al clamar al Padre. Un clamor tan cariñoso implica una íntima relación en vida entre un hijo verdadero y el padre que lo engendró.

Como seres humanos, no sólo tenemos un espíritu, sino que también tenemos nuestra persona, nuestro ser. El centro de nuestra persona es nuestro corazón ... Además, cuando Dios nos envió Su Espíritu, lo envió a nuestro espíritu, que es lo más profundo de nuestro corazón. De manera que cuando el Espíritu clama dentro de nosotros, Él clama desde nuestro espíritu y a través de nuestro corazón. Por lo tanto, en lo que a la filiación se refiere, nuestro corazón juega un papel de suma importancia.

El sentir que experimentamos cuando clamamos de esta manera es agradable y de mucha intimidad. Por un lado, el Espíritu de filiación ha entrado en nuestro espíritu; por otro, el Espíritu clama desde nuestros corazones: “¡Abba, Padre!”. Esto indica que nuestra relación con nuestro Padre en la filiación es agradable y muy íntima ... Qué tierno es cuando los niños, que disfrutan de una relación en vida con sus padres, exclaman tiernamente: “¡Papito!”. Del mismo modo, qué tierno y placentero es invocar a Dios, diciéndole: “¡Abba, Padre!”. Un clamor tan íntimo ciertamente procede de nuestra parte emotiva y de nuestro espíritu. El Espíritu de filiación que está en nuestro espíritu clama: “¡Abba, Padre!” desde nuestro corazón. Esto comprueba que tenemos una relación genuina y auténtica en vida con nuestro Padre. Somos Sus verdaderos hijos.

Como hijos, también somos herederos por medio de Dios. Un heredero es alguien que ha alcanzado la mayoría de edad conforme a la ley (la ley romana se usa como ejemplo) y que está capacitado para heredar los bienes del Padre. Los creyentes de la era neotestamentaria llegaron a ser herederos de Dios no por medio de la ley ni por medio de sus padres carnales, sino por medio de Dios, por medio del Dios Triuno: el Padre que envió al Hijo y al Espíritu (Gá. 4:4, 6), el Hijo que efectuó la redención con miras a la filiación (v. 5), y el Espíritu que lleva a cabo la filiación dentro de nosotros (v. 6). (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 204-205, 206)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensaje 22

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Gá. Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros. 4:19

3:14 Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.

2:20 Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí.

Pablo sufría dolores de parto para que Cristo fuese formado en los gálatas. Cristo, una persona viva, es el enfoque del evangelio de Pablo. La predicación de Pablo tenía como fin formar a Cristo, el Hijo del Dios viviente, en los creyentes.

Cristo había nacido en los creyentes gálatas, pero no había sido formado en ellos cuando fueron regenerados en la ocasión en que Pablo les predicó el evangelio por primera vez. Ahora, el apóstol vuelve a sufrir dolores de parto para que Cristo sea formado en ellos. El hecho de que Cristo sea formado en nosotros significa que Él crece en nosotros hasta la madurez. Primero Cristo nació en nosotros en el momento de nuestra conversión, luego Él vive en nosotros durante nuestra vida cristiana (2:20), y será formado en nosotros cuando alcancemos la madurez. Esto se necesita para que podamos ser hijos maduros, herederos de la bendición prometida por Dios y aquellos que han alcanzado la madurez en la filiación divina. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 213-214)

Lectura para hoy

A fin de que Cristo sea formado en nosotros, debemos desechar todo lo que no sea Cristo mismo, por muy bueno que sea. Hasta cosas que provienen de Dios y son bíblicas tal vez no sean Cristo mismo. Aunque la ley fue dada por Dios, debemos desecharla a fin de que Cristo tenga plena cabida en nuestro ser. Necesitamos permitirle a Él que sature cada parte de nuestro ser interior. Él debe ocuparnos y saturar nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad. El hecho de que Cristo posea todo nuestro ser equivale a que Él sea formado en nosotros.

En Efesios 3:17 vemos que Pablo pide en oración que “Cristo

haga Su hogar en vuestros corazones”. Sabemos que el corazón comprende la mente, la voluntad, la parte emotiva y la conciencia. Por lo tanto, cuando Cristo hace Su hogar en nuestros corazones, Él hace Su hogar en cada una de estas partes de nuestro ser interior. Si Cristo ha de hacer Su hogar en nuestros corazones, Él necesita primero establecerse en nosotros. Una vez más, esto es lo que significa que Cristo sea formado en nosotros.

El que Cristo sea formado en nosotros significa que el Espíritu todo-inclusivo ocupe cada parte de nuestro ser interior. La ley no debe tener cabida alguna en nuestra mente ni en nuestra parte emotiva ni en nuestra voluntad. Únicamente Cristo debe tener cabida en nosotros. Debemos permitir que Cristo ocupe totalmente nuestro ser. En realidad, Cristo no sólo debe extenderse en nuestra mente, parte emotiva y voluntad, sino que Él mismo debe llegar a ser nuestra mente, parte emotiva y voluntad. Debemos permitir que Cristo sea cada uno de nuestros pensamientos, cada una de nuestras decisiones y nuestro amor. Permitamos que Él lo sea todo para nosotros. Esto es lo que significa que Cristo sea formado en nosotros. Todo lo que no sea Cristo debe disminuir, y Cristo debe llegar a serlo todo para nosotros en nuestra experiencia.

Hoy en día Cristo es el Espíritu vivificante, el cual es la bendición del evangelio, la bendición que Dios prometió. Permitir que Cristo sea formado en nosotros equivale a disfrutar plenamente esta bendición. Esto quiere decir que si hemos de disfrutar plenamente la bendición del evangelio, es necesario que Cristo sea formado en nosotros. Si Cristo todavía no ha sido totalmente formado en nosotros, entonces nuestro disfrute de la bendición del Nuevo Testamento todavía no es completo. Aunque hemos disfrutado la bendición en parte, debemos seguir adelante y permitir que Cristo nos ocupe totalmente, que nos conquiste por completo y que sature cada parte de nuestro ser con Él mismo. Cuando esto suceda, disfrutaremos la bendición del evangelio hasta lo sumo. Esta era la meta de Pablo al escribir a los creyentes gálatas. Mientras apelaba al afecto personal de ellos en Gálatas 4:8-20, Pablo tenía claramente presente esta meta. Él apeló al afecto de los creyentes, a fin de que Cristo pudiera ser formado en ellos, con miras al cumplimiento de la meta de Dios. (*Estudio-vida de Gálatas*, págs. 218-219)

Lectura adicional: Estudio-vida de Gálatas, mensajes 23-24

Iluminación e inspiración: _____

